

EL MÉXICO DESCONOCIDO

CAPÍTULO I

PREPARATIVOS DE MARCHA—EL GANADO SE AFICIONA Á NUESTRA ROPA—MI COMPADRAZGO—BELLEZA DEL NORTE DE SONORA—FLETEROS MEXICANOS—HISTORIAS DE APACHES—VESTIGIOS DE ANTIGUOS HABITANTES—LLEGADA Á LA PARTE SUPERIOR DEL RÍO YAQUI—INDIOS ÓPATAS MEXICANIZADOS—EL EJERCICIO MÉDICO FLORECIENTE—MODELOS MEXICANOS—ROCAS ESCULPIDAS—COMO SE PROPAGAN CIERTOS CACTOS.

FUERTES inundaciones ocurridas en el sur de Arizona y Nuevo México, y los consiguientes deslaves producidos en las vías férreas, interrumpieron mis proyectos y



Un dasilirio (especie de yuca).

retardaron algún tanto mi llegada á Bisbee, Arizona, pequeño pero importante lugar minero, de donde había resuelto emprender mi expedición. Sólo hay de allí unas veinte millas á la frontera mexicana, y la Compañía de Cobre de la Reina hace que se mantengan en aquel lugar tiendas bien surtidas, donde pude encontrar provisiones y demás cosas necesarias. En preparativos para la marcha, se pasaron más de dos semanas, pues era preciso comprar animales, escoger y alquilar gente, reunir y embarcar pro-

visiones. Entre tanto, me alcanzaron los varios ayudantes científicos citados allí para tomar parte en la expedición.

Los caballos y mulas fueron comprados en las cercanías. Al efectuar esta compra, es preciso tener gran precaución en aquellos lugares, pues aun personas que se jactan de honradas, tratan de sacar ventaja de la situación. Uno de tales individuos, no sólo puso precios altos, sino que dio animales matreros. Fue motivo de mucha pérdida de tiempo é innumerables molestias, al principio en el campo, y después en el camino, el llevar aquellas mulas que arrojaban con persistencia sus cargas al suelo, haciéndose necesario sujetarlas y cargarlas de nuevo.

Poco á poco pude encontrar la gente que necesitaba, lo cual era otra tarea muy dura de llevar á cabo. Siempre hay individuos en abundancia dispuestos á correr aventuras, prestos á ganar dinero y ávidos de ir á tales expediciones; pero escoger los más adecuados entre los vaqueros y mineros de las tierras fronterizas, es de lo más difícil.

Además, por lo que es al parecer justa compensación de la naturaleza, los tesoros de la tierra se hallan siempre ocultos en los sitios más desagradables, horrendos y tristes. Así están situados, por lo menos, todos los minerales que he visitado siempre, y Bisbee no es una excepción de la regla. Para verme fuera de aquel pueblo corcovado y de su desabrido *restaurant*, establecí mi primer campamento cuatro millas al sur, en un lugar cómodo y agradable, donde podíamos preparar nuestra comida. Pero nos encontramos con otra incomodidad, curiosa por cierto. El ganado de aquella región manifestó peculiar predilección por nuestros objetos de vestir. De noche especialmente, llegaban las vacas á merodear entre nuestras tiendas de campaña, en busca de lo que pudiesen devorar, y apoderándose de algunos sabrosos bocados, tales como algún calcetín, camisa ó frazada, mascaban "poco á poco," si hemos de citar á Mark Twain, "engullendo sin cesar, abriendo y cerrando los ojos con-

tinuamente, en una especie de éxtasis religioso, como si nunca hubiesen probado en su vida nada mejor que un sobretodo." Sobre gustos no hay nada escrito, ni aun tratándose de las vacas. Á pesar de este menoscabo que sufrimos, nos era grato estar en el campo, que se iba poniendo deliciosamente verde después de las lluvias y nos hacía saborear de antemano lo que nos esperaba.

Lo último que faltaba hacer, terminados todos los demás preparativos, era obtener tres saquitos en que cupiesen \$750 mexicanos, pues entre la gente del campo el papel moneda es de aceptación muy difícil. Hablábase mucho de un asalto dado por algunos bandoleros en las cercanías, pero nosotros emprendimos nuestro camino, sin que se nos molestase, el 9 de septiembre de 1890.

Gracias á las cartas que llevaba del Gobierno Mexicano, no se me incomodó para nada en la Aduana de San Pedro. Detúveme, sin embargo, algunos días para comprar unas sillas de carga llamadas aparejos, que estrictamente hablando no son sino sacos de cuero rellenos de paja, que se aseguran al lomo de las mulas. Debido á la cortesía de los oficiales aduaneros de México, pude obtener también dos excelentes arrieros de confianza, que reemplazaron á algunos americanos que no habían hecho más que vivirse disputando en el campamento y no me convenían para mi propósito.

Como muestra de consideración, uno de los empleados de la Aduana me invitó para padrino de su hijo. Tuve que sostener la cabeza del niño durante la ceremonia, mientras una mujer de edad le sostenía el cuerpecito. Conforme á lo acostumbrado, di veinticinco centavos á cada una de las personas que nos acompañaban, y un obsequio más adecuado para el niño. Desde entonces fui llamado "compadre" por la mayor parte de la gente del pueblo, y se estableció entre la familia del niño y yo mismo ese sagrado parentesco de tan grande importancia en la vida de los

mexicanos. Durante diez años de viajes y de actividad etnológica, nunca he vuelto á encontrar á mi ahijado, pero espero que se ha de hallar sin novedad.

¡Qué hermosa frescura la del campo cuando íbamos atravesándolo con dirección al sur en el norte de Sonora! Las monótonas llanuras de Arizona iban siendo reemplazadas por un paisaje más variado, lleno de pintorescas colinas



Grupo de álamos.

coronadas de encinos y cedros. Grupos de álamos llamaban especialmente la atención, á la orilla de los ríos. Había también vides silvestres en abundancia. Donde quiera, cerca de las sombrías corrientes, miraba las onagras amarillear brillantemente, al par que las flores vivamente carmíneas de la lobelia asomaban por entre la maleza. Pero de todas las flores que esmaltaban las márgenes de

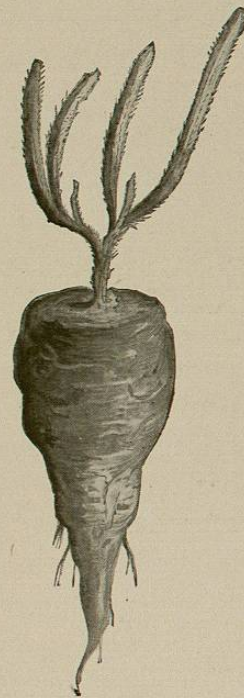
los ríos, la más notable era la *Datura meteloides*, flor exquisitamente bella, con su pomposa corona blanca de seis pulgadas de largo y cuatro de ancho. Vimos un matorral de dicha trepadora, que tenía en su conjunto cincuenta pies de circunferencia. Es muy sabido entre los indios navajos que la raíz de esta planta, cuando se come, obra como poderoso estimulante; pero la clase mejor de la tribu es enemiga de tal uso que amenudo conduce á la locura y á la muerte. El efecto de ese veneno es acumulativo, y bajo su influencia los indios, como los malayos, se ponen á correr frenéticos y tratan de matar á cuántos encuentran.

Se da también allí una especie de cacto cuya raíz es semejante á una enorme zanahoria. Una planta de las pequeñas tenía una raíz de cuatro pies de larga. Se usa como jabón.

De las aves, las más abundantes eran las palomas y papamoscas, y una especie de los últimos frecuentemente nos encantaba la vista con su brillante plumaje bermejo.

Los hombres que habíamos contratado antes de cruzar la frontera no se avenían con los mexicanos, considerándose generalmente muy superiores á los últimos, á quienes no conceptuaban "hombres blancos." Por mi parte prefería á los mexicanos, que eran obedientes, atentos y menos indisciplinados que los ásperos mestizos ciudadanos del S.O. de los Estados Unidos. Como muestra del estado moral de la población fronteriza, referiré un hecho:—Á unas sesenta millas al sur de la frontera, un oficial aduanero, estacionado en las cercanías, se empeñaba en examinar mi equipaje, lo que por supuesto me hubiera ocasionado una multitud de molestias. No era aquél ni mejor ni peor que cualquiera otro empleado de aduana, quienes parecen existir solamente para incomodar á cuantos pueden, y armándome de un poco de paciencia, logré arreglar el asunto satisfactoriamente. Pero uno de mis hombres, que había notado mi disgusto, se me acercó preguntándome si quería verme libre de aquel individuo, diciéndome que si yo lo deseaba, él sabría el modo de servirme de manera que no se volviese á oír hablar del mexicano.

Poco á poco me fuí descargando de tan desalmado elemento, y reemplazando la mayor parte de los americanos con fleteros de México, que son muy superiores en este particular. Al contratarlos, era necesario tener siempre la pre-



Cereus Greggii. Pequeño cacto de enorme raíz.

caución de no aceptar ninguno sin buena recomendación de las autoridades de su tierra ó de alguna persona prominente de los alrededores.

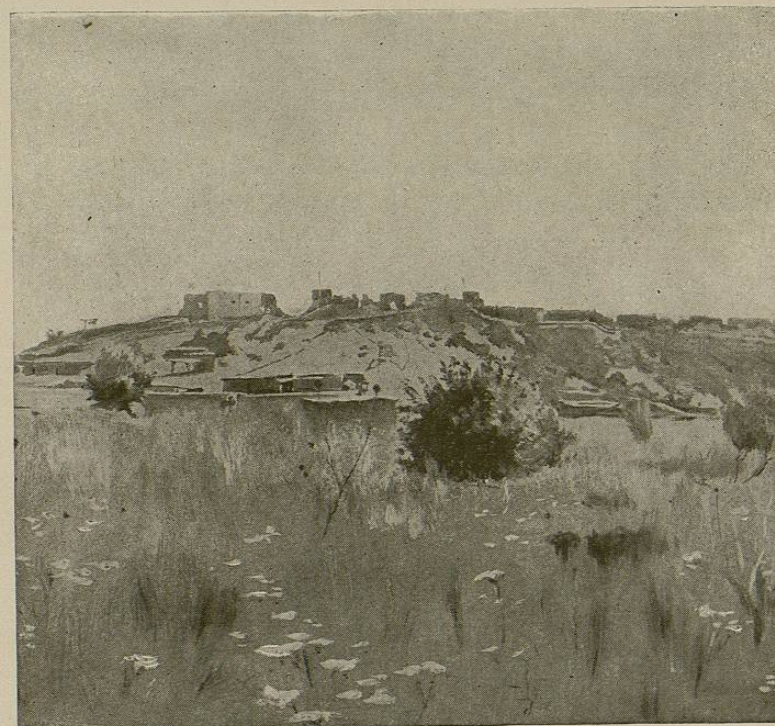
El primer pueblo de alguna importancia por que pasamos fue Fronteras. Ocupa la cumbre y faldas de una elevada altiplanicie, y parece á distancia extremadamente pintoresco. Visto de cerca, sin embargo, se convierte en una lastimosa aglomeración de casas de adobe. No sólo el pueblo mismo, sino también todos los ranchos próximos se hallan situados sobre puntos elevados, antigua precaución que se tenía contra los sanguinarios apaches.

Á no mucha distancia de Fronteras, había un lugar importante que contaba, según dicen, unos dos mil habitantes; pero los apaches en sus incesantes ataques hicieron tan miserable la vida de los que lo habitaban, que llegó á despoblarse hasta quedar completamente abandonado. Los que han sobrevivido de tales luchas cuentan numerosas historias de las constantes peleas con aquellos salvajes. Nunca había seguridad entonces para aventurarse fuera de los límites de la población. Con todo, los conflictos no siempre terminaban del mismo modo, pues á veces los mexicanos llevaban la mejor parte, aunque es de dudarse que las medidas empleadas para estos resultados pudieran caber en los procedimientos de las reglas modernas de la guerra.

Cierta hermosa noche de luna, un viejo que había tomado parte en muchas de tales refriegas, me condujo á un hondo desfiladero en donde siete apaches habían encontrado su último fin, y me refirió lo siguiente:

Una numerosa partida de guerreros llegó amenazadora al pueblo. Habían matado dos halcones y, adornados con sus plumas, caminaban en són de guerra. Al ver su número comprendieron los mexicanos que sería inútil oponerles resistencia, y les pidieron paz, que los salvajes concedieron. Siguióse un festín de conciliación durante el cual corrió en abundancia el mezcal, aguardiente mexicano, dis-

tribuído sin tasa á los guerreros por sus sitiados huéspedes, que aguardaban el momento oportuno. Cuando los apaches estuvieron ebrios, sus anfitriones cayeron sobre ellos capturando á siete hombres, pero la mayor parte de los de la partida lograron escapar. Al día siguiente, fueron con-



Fronteras.

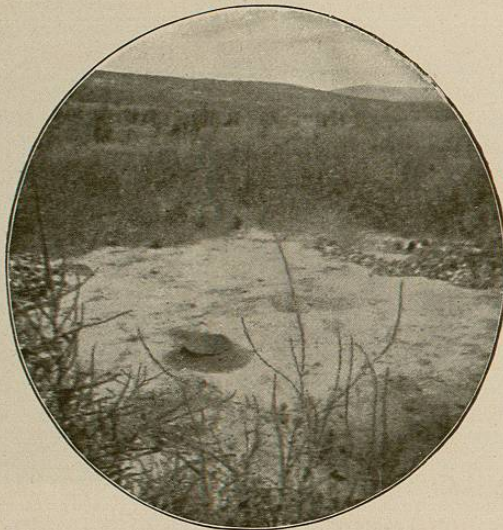
ducidos los prisioneros á la barranca y muertos á lanzazos por considerarlos indignos de malgastar la pólvora en ellos. Sólo el capitán suplicó, señalándose la cabeza, que le fusilasen como un especial favor, lo cual se hizo. Sus cuerpos fueron enterrados en el lugar donde cayeron, y como había transcurrido ya demasiado tiempo desde aquel suceso, me sentí deseoso de asegurar para mis colecciones aquellos ejemplares tras de los cuales había estado á la mira;

pero dijéronme los habitantes que como todos los alrededores estaban llenos de restos de apaches, ninguna dificultad tendría yo en recogerlos de algunos sitios próximos. Informáronme que cierto número de dichos bárbaros, hombres y mujeres, habían sido enterrados en un solo hoyo. Después de una excavación en el lugar que me señalaron, nuestros esfuerzos se vieron recompensados con la exhumación de ocho cráneos en perfecto estado, aparte de muchos huesos característicos. El último asalto de los apaches en Fronteras tuvo lugar en 1875.

Pasando de Cochuta, á eso de 100 millas al sur de Bisbee, llegamos á un depósito de fósiles. Tenía aproximadamente más de una milla de extensión, pero nos dijeron que muchos huesos habían sido extraídos como curiosidades. Ya había notado huesos de fósiles aislados, á lo largo de los arroyos, en diversas ocasiones durante nuestros viajes; pero no pudimos encontrar allí nada de importancia.

Donde quiera pueden verse en la región que atravesamos caminando hacia el sur, signos de que el país estuvo ocupado en lejanos tiempos por otra raza distinta de sus actuales habitantes.

Tales huellas aparecen con frecuencia en forma de notables grupos de piedras, firmemente clavadas en el suelo. Son como de un pie de altura en su totalidad, y sólo se ve



Curioso hormiguero.

sobre la superficie la extremidad superior, á la manera que aparecen las que se usan para adorno de parques y jardines. Se hallan dispuestas en círculos ó rectángulos. Había dos círculos juntos de seis pies de diámetro cada uno. Un rectángulo que medía cincuenta pies de longitud, por la mitad de dicha extensión en su anchura, estaba dividido por paredes fijas en tres distintas secciones. En ninguna parte encontré muro debajo de estas piedras salientes ni había tampoco rastros de cosas quemadas. En las ruinas que se hallan en la parte superior de las lomas, reunimos gran cantidad de vasijas rotas y algunas puntas de sílice. En varios lugares del distrito encontramos oro y carbón, pero en cantidades insignificantes.

Á unas cuarenta millas al sur de Cochuta torcimos con dirección al sur, ascendiendo una altiplanicie montañosa á 3200 pies sobre el nivel del mar. Allí vimos las primeras orquídeas de color amarillo y deliciosamente olorosas, y en el cañón de abajo, las primeras palmas. Las rocas continuaban con apariencias de conformación volcánica y metamórfica.

Como á 130 millas al sur de Bisbee alcanzamos á ver por primera vez la Sierra Madre, levantándose sobre los cerros de abajo, á unas cuarenta millas al oriente.

Sus elevados picos bañados de sol en la azulada y clara atmósfera parecían saludarnos con entusiasmo, alentando nuestras esperanzas de buen éxito. Aquella, pues, era la región que íbamos á explorar. Apenas podía suponer entonces que aquella sierra me daría abrigo por varios años. Parecía muy cercana, y se hallaba, sin embargo, muy lejos; y al encaminarnos hacia el sur la perdimos á poco nuevamente de vista.

Bajamos gradualmente al río de Babispe, nombre que tiene allí el río Yaqui, de acuerdo con la costumbre, común á los mexicanos y otros pueblos de diversas partes de la tierra, de dar diversos nombres al mismo río en su curso por